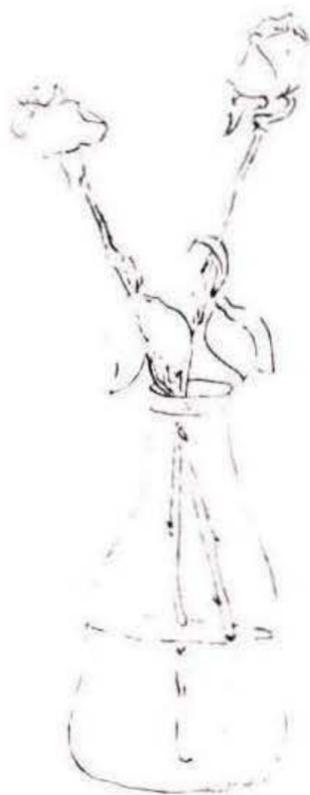


situación en su país no le va a permitir trabajar en algo relacionado con lo que estudió, por lo que decide continuar ganándose la vida de esa forma.

Rodrigo Argüello describe aquí una situación más que real. Muchas son las mujeres jóvenes que toman ese rumbo. Que aunque estudian en prestigiosas universidades, su nivel social y económico muchas veces les exige tener una doble vida. Argüello logra dibujar perfectamente esa realidad que no pocas mujeres viven. Lo hace descarnadamente, pero no hay otra manera de hacerlo. Es Bairon, esta vez, el encargado de usarla. Un ladrón y vagabundo que quizá no sea consciente realmente de todo lo que le rodea.



Beatriz, así se llama, está ya endurecida por la vida que ha decidido llevar. Seguro ya tiene enconstrada el alma. No es problema para ella tratar con alguien como Bairon.

El Pelusa López y Beatriz, la prostituta, son los personajes alrededor de los cuales Bairon gira. Sin embargo, también está el ambiente callejero. Está el tendero de la zona donde vive Bairon. Igualmente, hay una peligrosa banda que se entromete en los planes de nuestros dos criminales. Allí es donde la historia toma cierto giro que no se logra prever en lo que se ha leído antes.

Curiosamente, Rodrigo Argüello pone a enfrentarse a un par de bandas de criminales. Por un lado, Bairon y Pelusa; con la ayuda de un informante, contra una banda de extorsionistas que trata de sacar tajada de una información que poseen.

Sin embargo, Bairon y Pelusa no se dejan atemorizar. Ante la posibilidad de dejarse extorsionar por la otra banda, reaccionan con absoluta violencia.

La novela no relata una investigación policiaca que da resultados positivos. Tampoco un caso de espionaje. La novela es la historia de una banda que se atraviesa en el camino de dos ladrones consumados y peligrosos. Mucho más peligrosos de lo que uno piensa. Al final, de la lucha del mal contra el mal, gana el mal. Sin ningún partido que tomar, sino simplemente no juzgar a quien defiende sus intereses, la novela de Rodrigo Argüello nos retrata una moralidad común por estos días.

ALCIDES VELÁSQUEZ

“Una aventura de amor prohibido”

La carne de Eva

Andrés Rivera

Planeta, Bogotá, 1999, 165 págs.

El género de la novela histórica no es nada nuevo, como tampoco lo es la controversia con respecto a sus delineamientos. Hoy día, después de no pocas discusiones a lo largo del siglo XX, se tiene por cierto que surgió en las postrimerías del siglo XVIII (con los relatos de historias antiguas o de mitos medievales) y que es característico del siglo XIX (con los melodramas y folletines de capa y espada).

De igual manera, ya parecen haberse aceptado como las dos únicas vías posibles para que una narración literaria se haga merecedora del trascendente calificativo de *novela histó-*

rica, a la vía por la que la narración desarrolla temas estrictamente históricos y a aquella otra por la que tan sólo introduce elementos históricos.

Al respecto, el escritor Pedro Gómez Valderrama subrayaba, en su discurso de posesión como miembro de número de la Academia de Historia de Colombia, que



es necesario, naturalmente, distinguir entre novela histórica y novela con elementos históricos, en la cual el contacto con la historia puede ser sutil, apenas de un rasgo o un detalle, apenas de una situación de época poco relacionada con la historia en los demás aspectos, o bien la novela de tema histórico, de personaje histórico, de reconstrucción histórica, en la cual todos los elementos fluyen hacia la historia. La sola ambientación no es, necesariamente, generadora de una novela histórica.

Aún así, hay muchos que piensan que toda novela es naturalmente histórica. Precisamente Marguerite Yourcenar —que más que ninguna o ninguno ejerció con exquisita excelencia la consigna de los que actualmente hacen literatura histórica: *Reconstruir desde adentro lo que los arqueólogos han hecho desde afuera*—, en sus cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*, lla-

mó la atención sobre el tema con esta observación:

Los que consideran la novela histórica como una categoría diferente, olvidan que el novelista no hace más que interpretar, mediante los procedimientos de su época, cierto número de hechos pasados, de recuerdos conscientes o no, personales o no, tramados de la misma manera que la historia.

Pero bueno, esta mínima introducción de carácter ilustrativo la hago porque precisamente una de las aristas más relevantes en... o atractivas de... *La carne de Eva* (novela de Andrés Rivera, Bogotá, 1962) —aunque aquí no se trate de alinear gratuitamente al autor en categorías y clasificaciones lógicas o estereotipadas para llegar a conclusiones, ¡vaya a saber quién, cuáles y de qué orden!— es su expreso perfil histórico. En efecto, su pluma echa mano de las técnicas y formulaciones narrativas propias de la novela histórica contemporánea, como lo es desarrollar la trama en un tiempo recuperado, traído al presente, donde el autor toma posesión de un mundo interior determinado, como también calca de la novela histórica decimonónica su rigurosa linealidad —toda la novela es de un desenvolvimiento continuo y coherente— y sus maneras de describir las vidas cotidianas y de cómo estas son afectadas directa y duramente por el momento histórico que les correspondió en suerte.

Bajo el ambiente político hostil de la Nueva Granada de finales del siglo XIX, esta novela de Andrés Rivera encierra los secretos de una confesión: una aventura de amor prohibido entro un ministro de la Iglesia católica (en este caso un obispo) y una dama de la alta sociedad granadina. Orestes Concha, su atormentado protagonista, en medio de un debate de amor y delirio, decide abandonar parcialmente su relevante misión histórica —la de emisario encargado de una misión secreta por porte del papa Pío IX, referente al mantenimiento de las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado:

Orestes tendría que buscar aliados entre los políticos de buen renombre, de tradición católica, dispuestos a defender la jerarquía de Roma y sus mandatos— para disponerse, al filo de sus últimos años, a relatar con premura y locura (aunque el texto técnicamente hablando acuse pura cordura) los hechos que le darían absolución o condena. Así, la narración se mueve siempre entre una experiencia humana ahondada y la delimitación de un espacio histórico-social concreto, como escenario y como drama: un mundillo tan contenido como hipócrita, de acorazadas elites políticas, dentro del cual Orestes Concha, de aguda intuición diplomática, habrá de conocerse y definirse y encontrar la palabra para comunicarse y tal vez salvarse. De manera que su atmósfera de aflicción interior consigue delatarnos el vacío existencial y la angustia de una sociedad menguada por una realidad adversa que no se comparte ni comprende. Los sentimientos de impotencia, inseguridad e incomunicación, su temor a la enfermedad y a la muerte, la predestinada negación del amor, serían algunos de los precios de su “pecado”. Frente a él quedarían dos opciones, o mejor, dos actitudes para escoger: seguir huyendo desesperadamente de la realidad y conformarse con una masoquista, infructuosa nostalgia de las ilusiones perdidas, o el humillante reconocimiento del pecado, asumiendo los riesgos de un profundo escarnio.

Pese a que a lo largo del libro son numerosas las menciones a la astrología (“Nací bajo la mirada inquisitoria del león que reside en el manto estrellado y, como lo sabría unos años después gracias a la sabiduría del bibliotecario Federico, Capricornio figuró como el ascendente de mi signo”), la medicina homeopática (“Agradecí unos glóbulos de *cocculus e ipeca*, formulados por un viejo homeópata al que pocos le creían, y a los que debo el haber controlado el espasmo involuntario y repetido de mis tripas ciudadinas”), la medicina en general (“...me fue empapando del arte de la medicina, que atañe directamente a la naturaleza

humana. // Cuando un hombre enfermo toca las puertas del médico, desnuda su alma”), los sueños (“Me vi renacido en la Edad Media, bajo el mandato inquisitorio instaurado por su Santidad el Papa Gregorio IX y fui condenado a la hoguera, como lo fue Juana de Arco, por contravenir los preceptos de la Santa Iglesia”), el saber popular, etcétera; no hay en el libro exceso de ideas, no hay demasiadas discusiones de problemas críticos o eruditos, ni mucho menos desmedida sustancia novelesca.



Igualmente —y aquí ya podríamos decir sin temor a equivocarnos que *La carne de Eva* no es completamente una novela histórica. Aunque el espacio geográfico esté especificado con claridad (Santafé, Roma, Toledillo...) y también el tiempo lo esté (finales del siglo XIX), las referencias en tal sentido están poco desarrolladas, hasta el punto de convencernos de que son apenas un delicado telón de fondo. La mención de una diferencia ente los hermanos Mosquera —donde el general Tomás Cipriano de Mosquera aparece como gestor de un posible cisma, y su hermano, entonces arzobispo de Santafé, obviamente, como víctima de tal posibilidad—, pese a que suscita especial curiosidad, queda, por desgracia, como una simple pelusa hipotética.

Esta narración de Andrés Rivera, como las de la mayoría de los jóvenes escritores de la actualidad, va

hacia una literatura más natural y menos retórica que refleja —ahora sin posturas de realismo social— con sencillez el habla y pensamientos de los personajes, sean o no comunes y corrientes, y se abre al mismo tiempo a una meditación sobre los valores del individualismo impasible y, vale también decirlo, del heroísmo de sus protagonistas en la medida en que se enfrentan consigo mismos, con su naturaleza, como lo hizo hasta “flagelarse” nuestro “buen” “hombre” del siglo antepasado, Orestes Concha, un personaje ansioso por dar y recibir pero que no alcanzó ni lo uno ni lo otro.

GUILLERMO LINERO
MONTES

“Vas por buen camino; estás perdido, nene”

Su casa es mi casa

Antonio García Ángel
Editorial Planeta, Bogotá, 2001.
176 págs.

Su casa es mi casa es una novela breve, que tiene su trama... policíaca, digamos, aunque es claramente un homenaje a la novela “negra” norteamericana, aquella que tuvo como sus más destacados exponentes a Raymond Chandler y Dashiell Hammett, allá por la década de los cuarenta del siglo que nos acaba de dejar y que, en más de una ocasión, sirvió para hacer excelentes películas (*El halcón maltés*, de Hammett, entre otras). La obra está dividida en tres partes, y cada una de ellas en algo así como en secuencias cinematográficas: la primera parte consta de veintiuna secuencias, la segunda de veinticuatro, la tercera de diez, y un epílogo. Por el carácter mismo de la novela, no creo que deba contar aquí todas las peripecias y el desenlace, pues actuaría como aquel

amigo gracioso que, al salir de una de estas películas, nos dice a los que estamos haciendo cola para entrar a la próxima función: “El asesino es el mayordomo”, aguándonos así la fiesta. No, no lo voy a hacer, pero sí puedo anticipar algo. Un muchacho universitario decide abandonar la residencia de estudiantes en la que vive y alquila un pequeño apartamento, en busca de independencia. A su nueva casa comienzan a hacer unas misteriosas llamadas telefónicas, desde una oficina de correos, diciendo que hay una encomienda para un tal Alejandro Villabona, quien, luego lo veremos, era el inquilino del apartamento que ahora habita Martín Garrido, nuestro protagonista. Hasta ahí, nada extraño. El problema viene cuando Garrido, por hacerse el gracioso, empieza a tomarles el pelo a los del correo y acaba descubriendo que detrás de esa encomienda, que al final reclama, hay todo un enredo gangsteril de prostitución, mafias y políticos que pone en riesgo la vida de Martín y de sus compañeros.



Pero todo ese cuento, a mi modo de ver, es un pretexto, y lo que realmente importa es la ciudad que respira en el fondo de toda esta historia. Que una ciudad logre estar viva en un relato no es poco mérito, y Bogotá no ha tenido mucha fortuna en ese sentido: Medellín, Cali y la Cartagena de los tiempos en que venía el “aceite en botijuelas”, son ciudades que han existido en Colombia, desde el punto de vista literario, con obras como las de Fernando Vallejo, Andrés Caicedo, García Márquez o Germán Espinosa, pero

la Bogotá de Cordovez Moure, por ejemplo, es una aldea que en nada se parece a la del parque de la 93 actual. Tal vez fue en las novelas de Osorio Lizarazo, con sus logros y sus desaciertos, donde la ciudad comenzó a tener una presencia real, y más contemporánea, en la literatura. Ya en estos tiempos hay un buen número de obras narrativas que transcurren en esta ciudad que se despereza recostada a lo largo de sus cerros tutelares. Está *Sin remedio* de Antonio Caballero, entre otras, cómo no. Pero en esta novela de Antonio García Ángel (n. 1972), las calles y las encrucijadas de la ciudad de los adolescentes de hoy aparecen, no como un deber, como una obligatoriedad, sino como el ambiente mental necesario para que los personajes tengan vida y cobren así toda la verosimilitud que requieren. Sin que haya un deliberado “turismo bogotano”, los acontecimientos se desarrollan en una ruidosa discoteca de la zona rosa, más adelante Garrido y sus muchachos atraviesan la carrera séptima por los lados de Chapinero para luego perderse en las callejuelas sórdidas que bajan de la iglesia de la Veracruz, o de la plaza de las Nieves, y más adelante van por los suburbios recorriendo con la mirada las destartadas mansiones de la carrera séptima cuando ésta se convierte en la carretera central del norte. Todo esto en medio de los diálogos desmañados con los que se comunican los jóvenes, pero que, en virtud del buen oído de García Ángel, logran acercarnos con mucha gracia a lo que debe de ser ir con ellos en un automóvil a las tres de la mañana, recién cerrados los bares. Incluso la procacidad llega a convertirse en algo hilarante en la pobreza de esa jerga estudiantil, y las palabras de amor que cruza el protagonista con Carolina, la noviecita que aparece y desaparece, están tan despojadas de amaneramientos, que se siente allí viva la vida, y lejos de los artificios literarios, que es una de las mejores maneras de hacer literatura. Durante varias escenas, Jaime, uno de los compañeros de Martín, quien se ha tomado un pepa que le regaló un amigo, interviene en las conver-